





# « El Tiple »



***- “!Virus; plaga maldita, de la cual el hombre se creía en nada semejante, supremamente inmune, y muy superior!”. Pero era peor; ya que su destrucción lo absorbía todo, y cada vez con mayor fuerza, adquiriendo cada día, una aparente invulnerabilidad.***



En el centro del hermoso valle, separando la cordillera occidental de la central. Ni muy al norte, ni muy al sur. Está el pequeño corregimiento, que es muy conocido en la región, por la gran cantidad de ventas, las típicas artesanías que le dieron origen a su singular nombre.

Singular caserío, construido en torno a un muy bien arborizado parque. Conformado por disparejas casitas en la mayoría maltrechas, pero con vistosos colores, y las fachadas cubiertas por llamativas colgandijas, formadas con cientos de no menos coloridas y variadas artesanías, alusivas a el famoso instrumento, que originó su nombre.

Algunos techos de paja, otros con tejas de barro y uno que otro con hojas de zinc. Muchas paredes de bahareque, unas cuantas, de esterilla, y contaditas en rústicos ladrillos. Habitadas por extensas familias, y estas familias compuestas por unos cuantos de tez blanca y el resto de tez negra, originarios estos de los esclavos procedentes de África, que, en época de la colonia, poblaron esta zona del país. Pobladores que además de sus originales artesanías, y que son la base del sustento, no les puede faltar entre otros,

las gallinitas, los perros, los gatos y la distintiva mascota, que casi siempre es la lora o uno que otro “azulejo”, si no es algún exótico pajarito enjaulado, que lucen también como mascotas.

Este antiguo poblado, está rodeado por gran cantidad, de extensas fincas. Muchas de estas fincas son cafetaleras, algunas cacaoteras, pocas bananeras, un par de yuqueras, varias plataneras; y otras, con gran variedad de árboles frutales.

En las haciendas, alrededores del pueblo, unas más alejadas que otras, además de frutales, tienen los característicos pastizales, para la alimentación de las bestias y el ganado mismo. Los que poseen la ganadería, derivan sus ganancias con el mercadeo de crías, algunas veces incluye el mercadeo de los adultos, la producción de leche, la elaboración de queso y al final la venta de las reses como carne. Unas cuantas fincas, por la fertilidad de sus tierras, incluyen los vastos sembrados de frijol, soya, maíz, sandía, pepino y tomate entre otros.

Sobresalen además en la región, el verdor de los altos y espesos guaduales, muy útiles en la industria regional porque de ellos se extrae la guadua para la fabricación de las viviendas, corrales, cercos, gallineros, y muchos utensilios más. Los guaduales y su refrescante verdor, que son salpicados por el blanco de la infinidad de garzas, y éstos a su vez, el hogar perfecto de las bullosas loras, que por costumbre, son capturadas para tenerlas como adorno.

La captura y el apetito por las loras es notable. Eso sí, después de haberles cortado, una parte de las plumas del ala, lo que algunos lugareños le llaman, las guías. Evitando

con esto, que tomen vuelo, y se les escapen, logrando mantenerlas cautivas, para luego enseñarles la técnica del saludo, y así durante la presencia de la visita, repitan a modo de entretenimiento, todo el diálogo o lo que en la charla dicen.

Persistía un clima frío, aún se respiraba el aire húmedo. Ya casi el viento no se dejaba palpar. Viento que junto el fuerte vendaval, habían realizado su selección natural, dejando su característica huella convertida en charcos, hojas y ramas por doquier, además de una gran cantidad cadáveres, aquellos animalitos e insectos que estaban más débiles y no se alcanzaron a escapar.

Vendaval y viento, amainaron lo suficiente, como para poder caminar por corto tiempo, sin algún tipo de paraguas. Solo que, al caminar, se debía sortear el terreno más duro, aunque de vez en cuando se pisa lo fangoso, y este, se entrevera por los dedos y alrededor de los pies descalzos, así es como van creciendo las incómodas plataformas de barro. Ya que si bien del pavimento, solo lo conocían por las fotos del periódico, o los comentarios de los que llegaban de la ciudad.

Desde la distancia y otros más cercanos, como expresando su felicidad por el brindis a que se aprestan, llegan alguno que otro cantar de los melodiosos pájaros, entre los cuales, sobresalen los cucaracheros, bichofues, chamones, azulejos y demás, que, tras el aguacero, salen a la caza de su alimento preferido. El temporal cementerio de incontables insectos, larvas, mariposas, chapules y lombrices quienes minutos antes, han caído víctimas del pertinaz golpeteo de la lluvia.

El cielo todavía moteado; cortado por nutridas nubes de garzas y las loras, que en su paso a un largo peregrinar, dejan entreverar los húmedos rayos, del perezoso Sol.

En una de las callecitas del parque, una laguna, fruto de la lluvia, sirve de espejo. Y a través, de lo que las minúsculas olas permiten, se puede ver una escultura, y un tumulto de curiosos, que forman lo que parece, una presentación callejera.

- ¡Es un típico rueda de noveleros! –
- ¡Ese es Rico\*, el loco de Tiple abajo, si ese es Rico, es Rico!

Algunos exclaman y repiten en tono de admiración, con la intención de regar la bola, para así llamar la atención o la solidaridad, pero en el fondo de su ego, es de figurar como importante, pues así se demostraba que estaban enterados de todo.

Y en el centro del círculo formado por el sinnúmero de espectadores, permanece tirado sobre el piso, mojado por la lluvia, en una posición casi fetal, pero sin dar el menor signo de estar enterado por lo que acontece a su alrededor.

Contextura delgada; tez trigueña, calculando por la posición más o menos un metro con setenta y cinco de estatura. Cabello negro ensortijado; ojos cafés claro y bajo la pequeña nariz, el bigotico no muy definido que denota nunca haber sido tratado.

Una camisa blanca de manga larga, bien deschavetada, y el pantalón vino tinto. Un pie descalzo embarrado, mientras que, en el otro, solo está la media curtida por la mugre, con unos cuantos manchones que nos dice de su color original,